

## CONFERENCIA ESCOLAR

### El honor

Os he hablado de la conciencia, y paso ahora a hablaros del honor, que es el segundo móvil, el segundo resorte del deber. Grande y lleno de esplendores es este nombre; pero en ninguna parte resuena más armoniosamente que en Francia, llamada desde tiempos antiguos el país del honor.

Recuerdo a este propósito el alborozo de mi corazón cuando, hace cuarenta años, una voz episcopal, elocuente a la antigua, glorificando el honor francés, nos hacía escuchar este solemne saludo: «Yo te saludo, honor de la Francia que por tanto tiempo fuiste la gloria de nuestros padres, que nuestros abuelos supieron transmitir a sus nietos como el bien primero de las familias, y que salvaban nuestros reyes en los campos de batalla a riesgo de dejar allí la corona; celestial pasión de corazones nobles; salvaguardia feliz de la justicia, y suplemento magnífico de las leyes; que diste siempre a los otros más de lo que tenían derecho a exigir; que despreciaste el oro y el fausto, orgulloso de las privaciones y de los sacrificios. Honor francés: ¿será cierto que el último homenaje que te rendimos es una de esas oraciones fúnebres pronunciadas sobre las losas que cubren los sepulcros?» (1)

Responded vosotros, hijos míos. Conozco vuestra respuesta: sois la juventud; y el honor y la juventud son hermano y hermana que viven siempre en estrechísima unión. Pero ¡cuidado! no toméis por honor todo lo que lleva ese nombre. Aquí la imitación está vecina de falsificación, y entre todo lo sofístico de este si-

(1) Mons. Fayet, Obispo de Orleans. *Pastoral para la Cuaresma de 1846.*

glo, dudo que haya algo en que más ancho campo hayan tenido las falsificaciones.

Os prestaré el falso honor y el honor verdadero: de un lado el honor mundano y humano, y del otro el honor cristiano. Vosotros haréis la elección, y si me escucháis, os ayudaré a hacerla.

Después os diré que no basta amar el honor: apasionaos por el honor: vivid, combatid, sufrid, y, si es necesario, morid por el honor. El honor bien comprendido es una de esas cosas transparentes, a través de las cuales se puede leer el nombre de Dios.

### I

Debo haceros una advertencia, hijos míos: a los mayores de entre vosotros puede acometeros una tentación. ¿De qué sirve cargar mi espíritu de creencias y mi vida de prácticas que han de ser para mí insoportable cadena? Para conducirme bien, bástame el honor. Quizá no seré más cristiano; pero seré un hombre de honor. Eso es hermoso, eso es grande; lo dicen los libros más notables; hay uno que llama religión del honor «a la última religión de la humanidad adulta, a la última lámpara que arde en ese templo devastado.» En esa lámpara encenderé la antorcha de mi vida, y marcharé en esta vida acompañado del honor por un lado, de la libertad por el otro.

Pues bien: hay ahí una ilusión contra la cual debo preveniros, haciéndoos comprender primero en qué consiste el honor. El honor, si no me engaño, es el juicio glorioso que se forman los demás de nuestras personas y de nuestros actos. Mas, para saber el valor de juicio es necesario conocer de antemano el valor del juez. De ahí las diferentes clases de honor, y la diversa calidad de cada uno, según que sea el juez el mundo, una recta conciencia o el mismo Dios.

Está el honor mundano ; ese honor cuya regla, cuya sanción y cuya autoridad es la opinión del mundo. Ese honor es falso, es miserable ; ¿qué puede juzgar el mundo sino lo que ve el mundo? Pero hay cosas que no ve, ni sabe ni sabrá jamás el mundo. Para librarse de su tribunal no hay más que librarse de sus miradas, y salvar las apariencias, presentándose honrado sin haberse tomado el trabajo y la molestia de serlo. Y eso es hipocresía, y os he dicho ya cómo piensa de ella el Señor en el Evangelio. Además, la opinión mundana es juez parcial, como que no es sino la conciencia pública que juzga de las conciencias privadas que la han hecho lo que es. Es juez inconstante y ligero que no se apoya en más código que en la corriente de ideas propias de cada siglo, según los tiempos y según los países. Es juez fácil que rara vez condena, y absuelve con facilidad. Y aún más : ni condena el crimen ni el vicio ; no condena sino la grosería en el vicio. A los ojos de la opinión no es necesario ser virtuoso, basta con aparecer decente y juicioso. Hay vicios para los cuales tiene ella más complacencias que rigores, y vosotros adivináis fácilmente cuáles son, y pueden de antemano éstos descansar en la sentencia de no ha lugar. Hay, sobre todo, hombres a quienes todo lo perdona, porque la elegancia de la forma cubre la ignominia del fondo ; porque no hay juez a quien más fácilmente pueda sobornarse que el mundo. Al que a esto no resista, yo lo seduciré. Tendré genio, destreza, donaire, elegancia, crédito, pulso, locuacidad, y sobre todo, dinero. Conozco el jurado : jurado que muele a palos al asno y glorifica al león. Seré uno de los leones del día ; se me perdonará todo, y saldré de ese tribunal con la cabeza levantada, absuelto y coronado. Juez inicuo, fácil, ligero, inconstante, parcial e incompetente. Ese es el honor mundano : lo recuso.

Después de esto, ¿qué sentencias queréis que pronun-

cie ? Preguntad a la historia. Ella os dirá que doquiera ha plantado él solo su tribunal, sus sentencias han sido el escándalo y la vergüenza de la humanidad. Pero dejemos sus recuerdos ; y sin salir de nuestros días, decidme ¿cómo juzga en las audiencias diarias de ese tribunal permanente que llamamos prensa ? Lo sabréis un día y conoceréis también el valor del juicio y el valor del juez.

Y ¿qué sanción tienen sus sentencias, cualesquiera que ellas sean ? La censura, la infamia, la deshonra. Pero el mundo no es severo sino con la virtud austera, mientras se deshace en complacencias con el vicio que afecta amabilidad. ¿Quiénes son los que reciben incienso en el teatro, los que se ven reproducidos en las estatuas de las plazas públicas, y son divinizados en los grandes concursos de los hombres del siglo ? ¿Quiénes son esos hombres a quienes el público sufragio eleva a honores tan altos que en verdad no tienen por qué inquietarse por ese prejuicio vulgar que llamamos honor ?

Ved el tribunal, el juez, la sentencia, y la sanción que que ha sugerido el honor mundano. Tenéis razón en decir que por ese lado todo es insuficiencia, incompetencia, connivencia, flaqueza y debilidad. Con semejante móvil de vuestra conducta, os lo aseguro, estáis perdidos. Haréis bien pronto lo que hacen los demás, seguros de no quedar más, deshonrados que ellos. Y ¡bonitas cosas haréis!

Hay otro honor mejor, hijos míos, del cual no conviene murmurar. Yo le llamaría honor humano en el mejor sentido de la palabra. Es el juicio formado por una conciencia recta, iluminada por las luces de la honradez natural.

Habéis encontrado y encontraréis todavía, quizá en el seno de vuestras familias, esos hombres que con razón se llaman hombres honrados : buenos padres, buenos hermanos, buenos maridos, buenos amigos, negociantes ínte-

gros, soldados dignos y activos que ¡ah! por desgracia no tienen la felicidad de ser cristianos; mas que no por eso dejan de tener la pretensión de ser hombres de bien, y lo son en verdad. Han tomado por código de su vida los preceptos del Decálogo, con su conciencia por juez, y su propio respeto por sanción. Se da testimonio de su honradez, y ojalá podáis merecer tal testimonio, pues nada tiene de vulgar. El hombre honrado no es tan común como alguien imagina: no se le encuentra por todos los caminos, y cuando lo veo pasar por delante de mí, lo miro con respeto, me descubro y me inclino.

¿Pero basta acaso, a vuestra edad especialmente, ese honor humano? Nó, hijos míos, nó. Primero, es muy limitado su código moral, y el respeto que exige no se extiende a más de tres o cuatro virtudes: tales como la verdad, la amistad, y acaso también, tal cual castidad después de ciertos compromisos. Mas, fuera de éstas, ni sueña siquiera con esas virtudes tan admirables: la humildad, la pureza, la caridad, la abnegación, la pobreza, la penitencia, ni tampoco con las profundidades íntimas de cada una de esas virtudes, ni con sus nobles campos de combate, ni con sus constantes ejercicios de valor, ni con sus móviles siempre superiores. Y cómoda por cierto es la sanción, cuando cada uno se la aplica a sí mismo.

Acordaos bien, hijos míos; de dos clases son esos hombres honrados. Los finos, los mejores, tienen un principio de cristianismo, y concluyen por hacerse cristianos. Los otros son restos que aún quedan de paganismo, y concluyen por hacerse entera y vergonzosamente paganos. ¡Desgraciados! si un día ese respeto de sí mismos, esa conciencia del deber, y eso que llaman ellos sentimientos de la dignidad propia, son presa de una tentación de la cual no tienen más moderador que su conciencia, que sabrá guardarles inviolablemente el secreto, aquel día quedará reducido a escombros el honor humano.

Os he dicho que a vuestra edad es de muy pobre efecto esa barrera. Un santo religioso, señor ruso muy principal, el Padre Schouwaloff, cuya vida os he presentado en compendio, cuenta que estando en la Escuela de Nobles en Holwil (Suiza) hacia el año 1816, había anunciado el Director que él no tendría más reglamento que el del honor. El gobierno del honor tenía su constitución discutida y consentida por el pueblo escolar, reunido en asamblea. «Preguntaos diariamente: He faltado al honor, decía el Director, M. Felleberg. La respuesta de vuestra conciencia será vuestro castigo o vuestra recompensa.» Además, cada semana se reunía el jurado para juzgar los lances de honor. Magnífico, pero estéril. «No creo, contaba más tarde Schouwaloff, haber tenido que acusarme con frecuencia de haber faltado al honor: mas no por eso era mejor escolar.» Esto es, era decente, y a nada faltaba, salvo los deberes de su estado.

Ved el honor humano: ya antes habéis visto todo lo que vale el honor mundano. Con ese honor escapa uno a los juicios de los hombres, pero no escapa a los juicios de Dios. Puédese librar de la guardia civil, pero no se librá de los demonios, que son la guardia civil de la eternidad. Con ese honor quizá se salve la dignidad; pero no se salva el alma. Deseo para vosotros otra clase de honor.

Deseo para vosotros el honor que, en lugar de considerar la opinión del mundo y el juicio del hombre, tenga en cuenta el Evangelio y el juicio de Dios. ¿Qué falta a aquel tribunal humano de que os he hablado? Un crucifijo. Restablezcamos el crucifijo, y tendremos el verdadero honor, el solo digno de tal nombre, el honor cristiano.



## II

En cuatro palabras os diré lo que es el honor cristiano: es el que tiene por regla la ley Dios; por modelo la vida de un Dios; por apoyo la gracia de Dios; por sanción los juicios de Dios; y todo según el Evangelio. Trazado así el camino del honor, imposible extraviarse.

El honor debe tener por base la ley de Dios escrita no sólo en nosotros, sino también fuera de nosotros. Fuera de nosotros y fuera del mundo debe encontrar su punto de apoyo la balanza moral, para que pueda levantar nuestra vida. Sobre esa voz interior de la conciencia que se escucha dentro de nosotros y que podemos falsear nosotros, se necesita otra exterior, más elevada que nosotros e independiente de nosotros. Ved por qué se ha revelado Dios a los hombres. Ha dictado el Decálogo, ha inspirado el Evangelio, y el Evangelio y el Decálogo, hablando a la conciencia, han intimado al hombre la ley de su Autor. ¡Ahl lo comprendo, está escrito, no caben ya las variaciones, las dudas, las atenuaciones y las ilusiones. Trazado, inflexiblemente trazado está el camino: «El cielo y la tierra pasarán; mis palabras no pasarán.»

Y como la virtud y el honor—no los puedo separar—tienen la regla escrita en la ley santa de Dios, su tipo, su modelo están en la vida misma de Dios. Los antiguos habían dicho que la virtud era algo divino. Pero eran muy pobres sus dioses. Un día descendió del cielo el nuestro, nuestro gran Dios; escuchad su enseñanza: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no anda en tinieblas». Sigámosle: va delante. Predica la humildad, y es el humilde de corazón, el manso por excelencia. Predica la pobreza, y no tiene dónde reclinar la cabeza. Predica la caridad, y muere por los que ama. Otros han puesto su honor en el brillo, en el placer, en las posesiones, en los

dominios: El ha puesto el suyo en despojarse, en perdonar, en ocultarse, en humillarse, en sacrificarse, en sufrir. Tal es el modelo, y en eso ha de consistir el honor, el honor nuevo, el honor que no tiene más que un nombre, el honor cristiano.

Tan clara como es la ley, tan elevado como es el modelo, tan grave es la sanción. No es la de los juicios de los hombres, es la de los juicios de Dios, y no es tampoco de este mundo; es del otro. ¡Oh hombre! si en este mundo te has enaltecido por la virtud, en el otro te enalteceré por la gloria; si te has rebajado con el pecado y el vicio, sobre ti pondré oprobio eterno. En el juicio final, hijos míos, y sólo en el juicio final, se pronunciará la última palabra del honor.

¡Ahl ya comprendo lo que es. No es el honor despreciable diadema de teatro, es corona de oro que el mismo Dios se encarga de poner en nuestra frente. El honor es el esplendor de lo bueno, como afirmó de lo bello Platón, al decir que era el esplendor de lo verdadero. Que ese honor brille en vosotros, hijos míos, que brille en vuestra juventud y en vuestra edad madura: guardad siempre su culto.

Tiene caracteres hermosos por los cuales podréis reconocerle. El honor es noble: séd nobles también vosotros. Está sobre todos los cálculos y sobre todas las miras personales. Es liberal; gusta de dar más de lo que tiene obligación; el deber estricto no es la medida de su grande y hermoso corazón. Es generoso y caballeresco: se apasiona por los oprimidos y por las causas vencidas, cuando son causas nobles; por eso hoy le vemos fiel a la santa causa de la Iglesia ultrajada. «¿Sabéis, preguntaba el conde de Montalembert a la Cámara de París, sabéis qué sale de todo ese fango que removéis contra nosotros? Sale ese amor fecundo, generoso, completo, de la religión que insultáis. Y si me fuera permitido citarme como modelo, y si me pre-

guntarais con ocasión de qué anclaron en mi alma estas convicciones que acabo de hacer patentes ante vosotros con alientos legítimos, aunque insólitos, os diría que fue en aquel día de 1830, hace catorce años, cuando vi arrancada la cruz de la fachada de las iglesias de París, y, después de arrastrada por las calles, la vi arrojada al Sena, en medio de los aplausos de una turba extraviada. Yo puse en mi corazón aquella cruz profanada, y juré servirla y defenderla. Hice después lo que entonces dije, y, si Dios quiere, lo haré siempre.» Aquella voz elocuente era la voz del honor.

El honor es desinteresado. Se encuentra bastante rico para considerarse pagado por todos sus sacrificios, y hay un sacrificio que jamás hará, ni aun a la fortuna: el del deber y el de la virtud. Recordaban a Berryer una circunstancia de su vida en la cual no hubiera tenido más que abajarse para recoger millones: «Sin duda, respondió, ¡pero me faltó abajarme!»

El honor cristiano es fiel, y principalmente en la desgracia. Es el general Drouot siguiendo a su emperador a la isla de Elba, pero con la condición de que le serviría sin sueldo. «Señor, si Vuestra Majestad, en los momentos en que estamos, me diera dinero, dirían que el Emperador Napoleón, en la adversidad, no encontró amigos sino a precio de oro; y dirían de mí que seguí a Vuestra Majestad porque me pagaron.» Y partió.

El honor cristiano es magnánimo. Se olvida de sí, dándose enteramente, y hasta pisotea la gloria, cuando cerca de él se escucha una voz más elevada. Es Lamoricière respondiendo al llamamiento de Pío IX. «Iré, señores, no se discute el llamamiento de un padre—Pero, General, jamás ha sido usted vencido, y ahora lo será—¡Qué importa! bien vale la pena la causa—Pero dirán que es usted francés—Amigo mío, para abrirme mi Dios las puertas del cielo, no mirará si me han cerrado las de mi

país.» Y partió con confianza en su gran divisa: *Spes mea Deus.*

Ved el honor cristiano tal cual lo ha hecho la religión, cual lo han conocido los siglos de fe, cual lo conocemos todavía nosotros; que no conoce ocaso el sol que lo alumbraba. El honor cristiano es el honor de ayer, de hoy y de mañana, el honor en secreto y en público, el honor de la noche y del día. Que le vean o nó, que le aprueben o le vituperen, que pierda o gane, que sufra o goce, no importa. Lo que importa es que le vea Aquel que *videt in abscondito*. «Qué me importan los juicios de los hombres, decía Santa Juana Francisca de Chantal, nunca seremos más que lo que seamos delante de Dios.» Gracias a Dios, este santo honor no se ha extinguido en nosotros; guarda la religión su antorcha; detras de un cristiano que salía de una reunión pronunció un día el General Schmitz estas palabras: «He visto al general de Sonis: era el honor.»

MONS. BAUNARD

